negaron ya los acusados; así como se les habia reunido Morgan cuando cayeron prisioneros, uniéronse ahora á él sus tres amigos para participar de la misma suerte.

Sus cuatro cabezas debian salvarse ó caer juntas. El mismo dia, á las diez de la noche, publicó el presidente la sentencia de muerte. Despues de las mas vivas instancias, pudieron conseguir sus defensores que interpusiesen los acusados el recurso de casacion; mas, á pesar de todos sus esfuerzos, no lograron decidirles á implorar gracia.

string abstraction in the Universe at error at bless of

was the file of a few man and their specifies a mass complete mass as

the second restriction is a second of the second restriction of the second seco

- long, solitudo tepistre una gradresta planta con como

About pulled 124 conference of Estimas extractly by author

Cumplimiento de la promesa.

La sentencia proferida por el jurado de Bourg produjo un terrible efecto, no solo en los que se hallaban presentes en la sala de audiencia, sí que tambien en toda la ciudad. Observábase entre los cuatro acusados un sentimiento de fraternidad tan interesante, revelaban sus maneras una finura y elegancia tan naturales, presentábase tan sincera y profunda su fé en la causa que habian abrazado, que hasta sus mismos enemigos no podian sobreponerse á la admiracion debida á una fidelidad, que habia convertido aparentemente en bandoleros á jóvenes distinguidos, nobles por su corazon y por su cuna.

Desgraciadamente su obstinacion en rehusar la interposicion de este recurso supremo, no permitia esperar gracia. Desesperada madama de Montrevel por la parte que le habia cabido en el fatal desenlace que acababa de tener aquel ruidoso proceso, propúsose reparar el mal que, contra su voluntad, habia ocasionado, saliendo al instante para París, decidida á arrojarse á los piés del primer cónsul para alcanzar el perdon de aquellos cuatro desventurados. Deseosa de no perder momento, ni siquiera fué á abrazar á Amelia en el castillo de Fuentes-Negras. Sabia que la salida del general estaba fijada para primeros de mayo, y era aquel dia el 6 de dicho mes.

Al salir ella de París estaban hechos todos los preparativos para la marcha de Bonaparte. Dejando por lo tanto escritas cuatro líneas para Amelia, explicándola la excesiva docilidad con que, queriendo salvar á uno de los acusados, acababa de hacer condenar á los cuatro; avergonzada de haber faltado á la promesa hecha á su hija, y mas que todo, al propósito que ella misma se habia formado, tomó una silla de posta y salió precipitadamente para París.

Llegó el 8 de mayo por la mañana: Bonaparte habia salido el 6 por la tarde. Manifestó al despedirse que iba hasta Dijon, y que tal vez se llegaria á Ginebra; pero que de todos modos no duraria su ausencia mas de tres semanas. Cinco á lo menos se necesitaban para sustanciar el recurso de apelacion interpuesto por los procesados.

No se desalentó pues madama de Montrevel á pesar de este primer obstáculo: mas al ver que la revista de Dijon no habia sido mas que un pretexto, que el viaje á Ginebra jamás fué seriamente intentado, y que en lugar de encaminarse á Suiza se dirigia Bonaparte á Italia, consideró perdida toda esperanza. Recordando no obstante el juramento de su hijo al lado de lord Tanlay mortalmente herido, y la parte que habia tomado en la sorpresa hecha á los compañeros de Jehú, no quiso dirigirse á Roland, prefiriendo solicitar la intercesion de Josefina, de quien consiguió por último que escribiese á Bonaparte.

Mas, atendida la celebridad de la causa y la condicion de los acusados, activóse extraordinariamente su conclusion; de modo que, á los treinta y cinco dias, se hallaba definitivamente fallada, confirmándose la sentencia. Devolviéronse inmediatamente los autos al tribunal de Bourg, con la órden de cumplir dentro de veinte y cuatro horas la sentencia confirmada. A pesar no obstante de toda esta actividad, no fué la autoridad judicial quien supo primero en Bourg este resultado.

Cuando menos lo esperaban, entró una piedra por la reja del calabozo que ocupaban los cuatro amigos, viniendo á caer á sus piés. Iba atada á dicha piedra una carta. Recogió la piedra Morgan, que aun en la cárcel conservaba entre sus compañeros la superioridad de un jefe, y desatando la carta enteróse de su contenido. Volviéndose despues á los otros tres jóvenes: —Amigos, les dijo, la sentencia ha sido confirmada, como era de esperar; y segun todas las probabilidades, la ceremonia tendrá lugar mañana.

Valensolle y Ribier, que estaban jugando, suspendieron por un momento el juego para saber la noticia; continuándolo, despues de haberla oido, con la mayor tranquilidad. Jayat, que estaba leyendo la Nueva Eloisa, prosiguió su lectura, diciendo:

« No podré acabar la obra maestra de Juan Jacobo Rousseau ; pero á fé que poco lo siento : es el libro mas pesado y fastidioso que he visto en mi vida.

Pasóse Sainte-Hermine la mano por la frente, murmurando:

- Pobre Amelia!

Viendo luego á Carlota arrimada á una de las rejas que daban al patio, acercándosela cuanto le fué posible :

— Dí á Amelia, exclamó, que esta noche es cuando ha de cumplirme su promesa.

Retiróse de la reja la hija del alcaide, y fué á despedirse de su padre, diciéndole que por la noche volveria seguramente á verle. Tomó en seguida el camino de Fuentes-Negras, que de dos meses á aquella parte hacia dos veces cada dia : por la mañana, dirigiéndose á la cárcel; y por la tarde, volviendo al castillo.

En el mismo sitio encontraba siempre á Amelia al llegar, esto es, sentada en el balcon que, en mas felices dias, ser-

via de puerta á su querido Carlos. Desde que se desmayó en la sala de la audiencia, no habia Amelia derramado una sola lágrima, y aun podriamos añadir, proferido una sola palabra.

Al revés del mármol de la antigüedad, animándose con el tiempo para convertirse en mujer, parecia por el contrario un ser animado, que iba paulatinamente petrificándose. Cada dia aumentaba su palidez; mas visible era á cada instante su inmovilidad. Contemplábala Carlota con extrañeza: los ánimo vulgares, sumamente impresionables á la vista de ruidosas demostraciones, á quienes afectan en alto grado los sollozos y gemidos, no saben comprender toda la intensidad de un dolor que se mantiene mudo. Para ellos, esta terrible calma en nada difiere de la fria indiferencia.

Grande fué, pues, su sorpresa al ver la impasibilidad con que recibió Amelia la fatal noticia que acababa de comunicarla. Es que la pobre doncella no reparaba que el rostro de su jóven señora, sombreado por la dudosa luz del crepúsculo, antes pálido, poniase ahora lívido; es que no podia sentir la mortal opresion que, cual unas tenazas de hierro, le oprimia el corazon; es que estaba muy léjos de comprender que, al levantarse de la silla para dirigirse á la puerta, una rigidez, mas automática aun que de ordinario, impedia sus movimientos. Disponíase á seguirla, cuando deteniéndose Amelia á la puerta:

- Aguárdame aquí, la dijo.

Obedeció Carlota; y volviendo á cerrar Amelia la puer-

ta, subió al cuarto de Roland, cuyos adornos consistian exclusivamente en los diferentes objetos propios para la guerra ó para la caza.

Habia en él armas de toda especie, indígenas y extranjeras, desde las pistolas de azulados cañones de Versalles, hasta las de culata de plata del Cairo; desde el tosco cuchillo catalan, hasta el primoroso yatagan turco. Escogió Amelia cuatro puñales de aguda y afilada hoja, ocho pistolas de diferentes formas y calibres, y cogiendo un saquito de balas y un frasco de pólvora, bajó á reunirse con Carlota.

Diez minutos despues, vestida con el mismo traje que la habia servido para asistir á la vista de la causa, aguardó con su doncella la llegada de la noche, que en el mes de junio se hace esperar bastante. De pié, muda é inmóvil como una estátua, apoyándose en la chimenea, y mirando por la ventana el pueblo de Ceyzeriat, que iba desapareciendo poco á poco, envuelto entre las sombras de la noche, aguardó Amelia que fuese completa la oscuridad. Dirigiéndose entonces á la puerta:

- Vamos, dijo, ya es hora.

Bajaron la escalera las dos jóvenes, sin que Miguel parase la atencion en Amelia, que creyó ser alguna amiga de Carlota, á quien salia esta á acompañar hasta la otra parte de la verja.

Daban las diez cuando pasaban por delante de la iglesia de Bourg. A las diez y cuarto llamaba Carlota á la puerta de la cárcel, que se presentó á abrir maese Courtois. Nuestros lectores conocen ya las opiniones políticas del digno carcelero, realista por sus cuatro costados. Inspirábanle por lo tanto una profunda simpatía los cuatro reos, de cuya salvacion no desconfiaba aun del todo, sabiendo que madama de Montrevel habia ido á implorar gracia por ellos. Hasta donde se lo permitia el cumplimiento de sus deberes, procuraba por su parte el buen alcaide suavizar la situacion de los presos, prescindiendo de inútiles precauciones y molestias.

Justo es sin embargo añadir que, á pesar de sus simpatías, rehusó obstinadamente sesenta mil francos en oro, que en aquella época valian triple de lo que valen hoy dia, ofrecidos para proteger su evasion.

Hemos visto las atenciones y cuidados que este incorruptible guardian habia dispensado á Amelia cuando estuvo presa con madama de Montrevel. Así que, poco tuvo que insistir Carlota para persuadirle á que facilitase la entrada de su jóven ama en el calabozo de los presos; sobre todo, manifestándole que aquella misma noche salia para París, á fin de cooperar por su parte á la concesion de la gracia, y que antes de salir deseaba despedirse del baron de Sainte-Hermine y recibir sus instrucciones. Era preciso forzar cinco puertas antes de llegar á la calle, aun sin contar con el cuerpo de guardia establecido en el patio, y los centinelas interiores y exteriores. Nada habia pues que temer por la seguridad de los presos, aun cuando se permitiese la entrevista de Amelia con Morgan.

Habrá de dispensársenos que empleemos, ora el nombre de Morgan, ora el de Carlos, ora el de baron de Sainte-Hermine; sabiendo, como saben muy bien nuestros lectores, que con esta triple denominacion nos referimos siempre á una misma persona.

Tomando pues una luz maese Courtois, dirigióse al calabozo de los cuatro amigos seguido de Amelia; la cual, como pronta á emprender el viaje para París, llevaba en la mano un saco de noche.

—No os es desconocido el calabozo, señorita; es el mismo donde estuvisteis con vuestra mamá. Pidiómelo como un gran favor el jefe de estos desgraciados jóvenes, el baron Carlos de Sainte-Hermine. No quise negarle este consuelo, sabiendo que os ama. Oh! no tengais cuidado, señorita, jamás saldrá de mis labios este secreto. Preguntóme despues dónde estaba colocada la cama de vuestra mamá, dónde la vuestra; y habiéndoselo enseñado, me suplicó encarecidamente pusiese la suya en el mismo sitio donde habia estado la vuestra. No era á la verdad difícil, pues no solo ocupa el mismo sitio, sino hasta la misma cama, de la cual apenas ha salido el pobre jóven, sumido de contínuo en la mas profunda tristeza.

Ahogó Amelia un suspiro, sintiendo lo que desde largo tiempo no habia sentido, esto es, una lágrima que humedecia sus párpados. No podia dudar que era amada cual ella amaba; así acababa de probárselo el testimonio de una persona extraña y desinteresada. Al momento de una separa-

cion eterna, esta seguridad era lo que mas podia halagarla.

Iban abriéndose las puertas delante de maese Courtois. Al llegar á la última, puso Amelia la mano en el hombro del alcaide, pareciéndole oir á manera de un canto. Escuchó con mayor atencion, conociendo entonces que recitaban versos. Pero aquella voz no era la de Morgan; érala enteramente desconocida. Tenia algo triste como una elegía, y religioso como un salmo. Llegaron á sus oidos estas palabras:

Al Dios de la inocencia
El corazon alcé, anegado en llanto,
Implorando clemencia,
É indiferentes al mundano encanto,
Los ojos en Él fijos;
Porque los desgraciados son sus hijos.

Calló la voz; sin duda habia leido ya la última estancia. Amelia, que no habia querido interrumpir la suprema meditacion de los reos, reconociendo la hermosa oda que escribió Gilbert, en el lecho de un hospital, la víspera de su muerte, hizo seña al carcelero de que podia abrir. Maese Courtois, que á pesar de su destino parecia participar de la emocion de la jóven, introdujo, lo mas suavemente que pudo, la llave en la cerradura quedando abierta la puerta.

Con una ojeada abarcó Amelia todo el interior del calabozo y las personas que lo habitaban: Valensolle, de pié, apoyándose en la pared y teniendo aun en la mano el libro que contenia los versos cuya lectura acababa Amelia de oir; Jayat, sentado junto á una mesa, reclinada en su mano la cabeza; algo mas allá, Ribier, sentado tambien, absorto al parecer en profundas meditaciones; y en el fondo, Sainte-Hermine, tendido en la cama, con los ojos cerrados, cual si se hallase sumido en profundo sueño. A la vista de la jóven, á quien no conocian, levantáronse Jayat y Ribier. Morgan permanecia inmóvil: nada habia oido.

Dirigióse á él directamente Amelia, y como si el cariño que profesaba á su amante fuese santificado por la proximidad de la muerte, sin detenerla la presencia de sus tres amigos, acercóse á la cama, y juntando sus labios con los de Morgan, murmuró:

—Despierta, Carlos mio; es tu Amelia que viene á cumplirte su promesa.

Arrojó Morgan un grito de alegría, estrechando en sus brazos á la jóven.

—Querido Courtois, dijo Lepretre, tened la bondad de dejar solos por un instante á estos dos pobres jóvenes; seria una crueldad estorbar con nuestra presencia los cortos momentos que pueden estar juntos en la tierra.

Sin contestar, maese Courtois abrió el calabozo contiguo en el que entraron Valensolle, Jayat y Ribier, volviendo en seguida á cerrar la puerta. Haciendo entonces señal á Carlota de que le siguiese, salieron tambien padre é hija, dejando solos á los dos amantes.